**Alberto Guerrero**

**Alberto Guerrero es jesuita. Fue profesor en las Escuelas Profesionales, se hizo tornero y a los 23 años, se puso a trabajar. Estuvo en varias empresas del metal, fue enlace sindical y despedido de Nalda, hasta que llegó la amnistía sindical. Participó en las primeras Comisiones Obreras y fue secretario de Acción Sindical en la Ejecutiva del País Valenciano de este sindicato. Luego, vivió tres años en Nicaragua, otros dos en Burundi y también estuvo en Albania, con los refugiados kosovares. En la actualidad es miembro activo de diversas ONGs y trabaja como oficial de mantenimiento en el hospital La Fe de Valencia.**

**Maño y de buena familia.**

Nací en Zaragoza, en 1946. Mi familia se caracteriza por ser muy tradicional –vinculada al nacional–catolicismo–, caciquil y aristocrática. Por ello, no me relacionaba con la gente normal. Mi padre era carlista, de esos profundos, y había estado luchando en la guerra de voluntario (a mi hermano mayor lo bautizaron con la gorra de requeté). Era un cacique, bueno, un terrateniente de Ricla, un pueblo de Zaragoza. Mi madre nació en San Sebastián, hija de un médico que fue profesor de la Universidad y primer presidente del colegio de Doctores del País Vasco, aunque era españolista… Mi familia era de un ambiente de tipo cultural, elitista, aristocrático.

Estudié en un colegio de los jesuitas, de religiosidad tradicional –con prácticas asistenciales y religiosas rituales–, aunque yo me metí en grupos como las Congregaciones Marianas, los Montañeros de Santa María,… con visitas asistenciales para dar catecismo a pobres, o visitar enfermos solitarios en hospitales públicos y asilos. Así descubrí la pobreza.

Mis primeras inquietudes surgieron del Evangelio, las encíclicas sociales de los Papas, participar en un grupo de teatro y leer algunos textos sobre la distribución del hambre en la Tierra. En 1964, tras entrar en el noviciado de los jesuitas en Veruela, con 17 años, durante las pruebas como novicio en el Barrio del Cristo y en Nazaret, en Valencia, me topo con la pobreza en la que vivía alguna gente y me relaciono con curas que optan por los pobres. Después estuve en hospitales, con gente pobre, en Huesca.

Durante mis estudios en Aranjuez, proseguí mis lecturas. Me pasaron libros de historia social, del mundo obrero, y así fui tomando conciencia de que hay gente que sufre y que lo pasa mal, y eso me llenó de interrogantes, al observar una Iglesia alejada de la gente de barrios y de la clase trabajadora. Allí entablé contacto con algunos de Vanguardia Obrera Juvenil, organización vinculada a los jesuitas.

Con las visitas de misioneros de Brasil, la India, etc., tomé conciencia de que en España, pese a todo, se vivía con bastante bienestar y que éramos una sociedad muy consumista, descubriendo mi complicidad con un sistema que generaba pobres. Me ofrecí para trabajar en Brasil para ayudar a los más necesitados; fui destinado, pero no pude ir por motivos familiares.

En el verano de 1968 me mandaron a un barrioobrero de Zaragoza, al Picarral, a un piso de la recién creada Misión Obrera. Allí me di cuenta de que era posible vivir como jesuita de otra manera, en una casa, en un barrio marginal, como uno más entre la gente, y observé los deseos de algunos por aprender y servir a su clase. Mientras vivía con aquellos jesuitas que habían optado por una vida popular, contacté con otros jóvenes del barrio, inquietos y trabajadores. Luego me destinaron a estudiar a la Universidad de Valencia, donde hice las asignaturas de convalidación de los dos años de Comunes de Filosofía y Letras.Me instalé en un piso y descubrí la secularización, la posibilidad de que los religiosos dejásemos de ser una casta rara y ajena al mundo en el que vivíamos. Ya ni siquiera vestíamos de *clergman*. También me acerqué al movimiento estudiantil del post–mayo francés y al sindicato de estudiantes antifranquista. Tras hacer un curso apostólico en la HOAC, fui para apoyar a grupos juveniles de Alacuás, capacitándome para servir al mundo trabajador, unido a lecturas sobre el movimiento obrero, que también «tenía Historia.» Poco a poco, me di cuenta de lo que suponía el franquismo y sus nefastas consecuencias, así como el papel de la Iglesia, al servicio del sistema y de los ricos.

Aquel verano tomé las primeras opciones sociales, tímidas, pero significativas. Viviendo en Nazaret y trabajando en una trapería, conocí el mundo de los excluidos y situaciones de mucha precariedad. Desde hacía unos años, unos jesuitas de ese barrio habían optado por los marginados, aunque de forma muy asistencial, contando con la ayuda de los ricos, sin cuestionarlos.

En 1969, de nuevo en Alcalá, retomé las lecturas de sobre el movimiento obrero, estudiando filosofía del marxismo, el anarquismo, el papel del anticlericalismo y sus causas, el mayo francés, Marcuse, Sartre. Los fines de semana dos jóvenes estudiantes íbamos al barrio de Palomeras Bajas, donde vivían dos curas en un piso de 36 metros cuadrados. Quería acercarme, como uno más, a los obreros, para conocerlos mejor, para saber lo que suponía ser obrero. Aquel verano pasé mi primera experiencia como trabajador asalariado, entrando en ATI, filial de MACOSA. El trabajo era muy fatigoso, interminable, insoportable, incómodo, urgido por jefes para trabajar más deprisa, vigilado… Llegaba a casa rendido, para descansar y poder aguantar otro día, y esperar el sábado por la tarde, como cualquier currante espera el fin de semana. Los turnos eran de 12 horas, con un descanso de 35 minutos, siempre metido dentro de tubos para amolar la soldadura, entre chispas, ruido, la fatiga de los brazos manteniendo la muela, en todo el cuerpo por la postura incómoda, en las piernas, el cuello, con las molestas gafas protectoras, los guantes, el calor…, y en pleno verano y por cuatro perras. Compartí aquella experiencia con otros jesuitas tan novatos como yo, pero muy convencidos, que mantenían contactos con militantes muy entregados, algunos de los cuales eran luchadores que habían sido despedidos y seguían organizando a sus compañeros, superando el miedo, desde posiciones cristianas o ateas. En esas circunstancias, uno enseguida se da cuenta de que ser obrero no es ninguna ganga y de que el cristianismo debe ser liberador y «buena noticia» para los explotados.

En 1970, comencé a dar clase en la Escuelas Profesionales de San José. El objetivo era educar para generar obreros cristianos comprometidos con su clase. Tras el Concilio, tratábamos de generar grupos con una filosofía cristiana liberadora, pasar de un cristianismo tradicional a un cristianismo radical, comprometido con los explotados. Mediante las VOJ intentábamos formar grupos en barrios, en pueblos, crear clubs juveniles, concienciar, montar bibliotecas, lugares de encuentro… Algunos, los más radicales, incluso planteaban que las Escuelas Profesionales desclasaban a los jóvenes obreros, situándolos en una posición de privilegio con respecto a los demás.

**¿Cómo se organizaban esos grupos?**

No tenía ningún mérito. Por ejemplo, había dos chavalicos de Quart, que no tenían idea de nada, y les dije, «bueno, pues en vez de reunirnos aquí, en la Escuela, vamos a reunirnos en el pueblo. ¿En tu casa hay sitio?.» «Sí, mi casa es muy grande» (casas bajas, de esas de pueblo). El primer día se juntaban cinco o seis, al día siguiente invitaban a las chicas y, como eran inmigrantes que no conocían a nadie, pues era una manera de conocer gente. Y cuando los padres preguntaban, «¿y ahí quién va?.» «No, es que viene un jesuita, y tal», y los padres encantados. Habíamos empezado cuatro y al mes ya éramos cuarenta. «Pues vamos a montar un club juvenil, a hacer excursiones….» En aquellos años no había discotecas, la religiosidad era ir a misa y rezar el rosario, y cuando tú les decías que lo importante era comprometerse y tal, pues era una cosa liberadora y los jóvenes se enganchaban. Traíamos gente a tocar la guitarra, canciones en valenciano, y se llenaba. Venían algunos del PC y compañía, y se apuntaban. Y teníamos la cobertura de la parroquia, de los jesuitas, etc.

Mientras daba clase y dirigía grupos cristianos, aprendí a manejar el torno, pues de peón sabía que no aguantaría. Consciente de mis limitaciones, opté por un cierto desclasamiento, no por los trabajos más bajos y peores.

En el verano de 1970, montamos una actividad con un grupo de VOJ y nos fuimos a trabajar unos días a Granada, en la construcción –porque no teníamos dinero–, para luego, con lo ganado, seguir de turistas por Andalucía y conocer a otros jóvenes con inquietudes. En Granada entramos en contacto con gente de la HOAC, con líderes obreros, con jesuitas de Misión Obrera que estaban con gitanos, que trabajaban en la construcción, con líderes anarquistas que te contaban historias de las huelgas de la República, participamos en asambleas de trabajadores… Allí nos pilló la huelga de la construcción, en la que mataron a tres obreros, con la circunstancia de que detuvieron a dos jóvenes de nuestro grupo, uno de 17 años y el otro de 18.

Me quedé en Granada un mes y pico, pero no los soltaban. Entonces los padres de los chavales me decían, «una cosa es que usted forme a mis hijos, ¡pero que nos los metan en la cárcel! ¿Esto qué es?.» Eso me abrió mucho los ojos. Por un lado, está tu impotencia ante el capitalismo que mata, reprime y encarcela, y por el otro, ver que metes a los chavales en líos, chavales inocentes, porque más inocentes no podían ser. Entonces te das cuenta de que no puedes meter a la gente en líos sí no te arriesgas igual que ellos.

Poco después detuvieron a Ramiro y a Rafa. Entonces la Compañía dio marcha atrás. «La gente va a sacar a todos sus hijos de las Escuelas, van a creer que todos somos aquí unos profesionales del comunismo y la revolución.» Y de profesor pasé a trabajar manualmente. Pero antes aprendí un oficio, porque pensé, «yo de peón no aguanto», aunque algunos jesuitas decían que había que estar con los más bajos, con los peones, que si no era un desclasamiento. En ese sentido, me desclasé un poco, me hice tornero y me fui a vivir a un piso de Orriols, con Paco Cuervo, Joan Jaume y otro que venía a ratos, que estaba y no estaba, porque estaba pensando en salirse de la Compañía.

**Y comenzaste a buscar trabajo.**

En 1970, empecé a trabajar en un taller, en Marben. El dueño era una buena persona, que cuando me equivocaba en una pieza –que había que tirar y valía mucho por ser un casquillo de bronce–, tenía paciencia conmigo. Yo hacía horas extras y me tomaba interés: me interesaba aprender el oficio. Allí, en aquel pequeño taller, es donde empecé a conocer más a los compañeros marcados por las largas jornadas, la cultura de masas, el fútbol, las mujeres, la familia… Y con muy pocas inquietudes: de casa al trabajo y del trabajo a casa. Y a veces autoritarios y abusones con el aprendiz, como si fuera su esclavo. Alguno venía a hacer horas después de trabajar de bombero. ¡Buen lugar para no idealizar a la clase obrera!

El jefe era paternal. Nos invitaba a paella por su santo y no se trabajaba ese día, nos invitaba a los toros, e incluso, cuando cazaba perdices, como yo era soltero, me las daba guisadas por su mujer en una tarterita… Le monté un plante el segundo año por invitarnos a la corrida de toros un sábado, aunque era para ver al Cordobés. La mitad no fuimos.

Era un taller de unos ocho trabajadores, de faena muy variada, al que le debo haber aprendido el oficio y la afición de ser tornero, que me había iniciado el profesor Navarro en las Escuelas. Transformar el hierro bruto en piezas útiles era una labor muy creativa, que producía satisfacción al ver el resultado de mi capacidad y habilidades con el torno, que en aquella época era de poleas, donde nos teníamos que forjar las herramientas… Así adquirí mi conciencia profesional, el orgullo de ser tornero.

Un día, un aprendiz se debió enterar por algún amigo que yo había dado clases en las Escuelas Profesionales, se me acercó y me preguntó, «oiga ¿usted es cura?.» Yo acababa de cambiar los engranajes del torno para hacer una pieza roscada y estaba con las manos, el mono e incluso puede que la cara llena de grasa y tizne, y le contesté, «¿tengo yo pinta de cura?» Desde luego no tenía pinta de lo que los obreros pensaban de los curas.

Años más tarde, me pasó algo parecido cuando salí en un programa en la tele. Incluso se formó una apuesta entre dos, pues unos decía, «¿cómo va a estar currando aquí uno que sale en la tele, y le hacen entrevistas y todo?» Aparecí en una entrevista que me hicieron en el 89, después de que matasen a los jesuitas de El Salvador, ya que los conocía, pues hacia tres meses que había regresado de Centroamérica.

Así fui adquiriendo conciencia de la «encarnación»: si tras un obrero puede estar un cura, o gente como yo, detrás de un carpintero podía estar nada menos que Dios, el Dios de Jesús, lo que te lleva a mirar a la gente por su dignidad y no por sus apariencias o funciones sociales.

En esa época me relacionaba y me iba organizando con gente vinculada a grupos autónomos, críticos con los partidos, un tantoanarcoides. Grupos llamados «topos obreros», «los topos.»

Mientras trabajaba, empecé a estudiar Teología en la Universidad de Comillas de Madrid. Algunos optamos no por ser curas obreros, sino obreros curas, obreros que nos haríamos algún día curas. Compaginé el trabajo y los estudios en un ambiente social donde los estudiantes jesuitas se iban masivamente a vivir a pisos. Se acabaron los caserones: Veruela, Aranjuez, Alcalá… Muchos optaron por no vivir del papá Compañía de Jesús y, como cualquier estudiante de familia pobre, se pusieron a trabajar para pagarse sus estudios. Muchos daban clase, o curraban en verano, no sólo como experiencia del mundo obrero, sino para tener independencia económica. Desde hacía años, ya había experiencias de trabajo en verano de estudiantes vinculados a Misión Obrera, incluso en las minas de Mieres. También había gente en barrios, formando comunidades de vida cristiana con seglares, religiosos y curas que se casaban, o lo dejaban e impulsan comunidades cristianas de base… La Teología progresista dejó paso a Teología política y de la liberación.

**¿Cuántos erais?**

En Valencia, del 68 al 73, pasaron más de 20 jesuitas por el trabajo manual de más de un año de duración, y más de 30 curas y religiosas trabajaron en esa época como obreros y obreras. Que en el 70 los jesuitas de Misión Obrera nos negáramos a recibir a nuestro Prefecto General, Pedro Arrupe, y que fuera él a donde estaban comiendo, da una idea del ambiente que reinaba en aquella época entre determinados sectores de mi comunidad, detalle significativo y del todo incomprensible hoy día. Algunos más escurridizos preferimos montar una jornada de la VOJ dicho día y estar fuera. Que en el 70 detuvieran a dos jesuitas, Rafa Casanova y Ramiro, que no pertenecía a Misión Obrera, pero que estaban muy comprometidos al servicio de organizaciones obreras y comunistas, es igualmente significativo. El movimiento en barrios y en fábricas comenzaba a coordinarse –por encima de actos voluntaristas, de concentraciones como las del 1º de mayo–, y se empezaba a vislumbrar que era posible no resignarse, dar respuesta e intentar combatir al franquismo y al capitalismo.

**Volvamos a tu experiencia laboral.**

En 1972, entré a trabajar en Nalda, una empresa dedicada a la fabricación de aisladores de alta tensión. Era mi primera experiencia de trabajo en una gran empresa, cerca de casa, a cuatro kilómetros, un momento con la moto, turno de mañana y posibilidades de acción sindical. Dentro estaba ya Joan Sifre, desde hacía un año. Empecé de peón pues, pese a que me habían dicho que me presentara porque necesitaban mecánicos y torneros, me pusieron de peón en los hornos. Pero a los cuatro días me llamaron y me llevaron al taller, donde ya me quedé tras pasar una prueba, pero con categoría de peón. Luego tuve que reclamar y llevarles a juicio.

Aprender a ser obrero organizado pasa –y es lo mismo todavía en muchas empresas– por pasar desapercibido y adaptarse para que no te echen. Y mientras, ganarse la confianza de la gente, no siendo un bicho raro. Por eso, si hay que hacer horas, se hacen. Entraba a las 6 –con un frío que pelaba en invierno, en la moto–, salía a las 2, regresaba a las 3, y hasta las 7 de la tarde. Hacía cuatro horas extras todos los días, y a callar. A los seis meses me hicieron un contrato fijo, y al año dejé de hacer horas extras. El ingeniero me diría después, «¡con lo buen operario que era usted cuando entró!»

En Nalda empecé a organizarme con otros obreros y obreras, con el riesgo que llevaba entonces no ser sumiso al capitalismo. No eras nada y te podían hacer la vida imposible, incluso echar después de hacer cualquier reclamación, acusado de comunista organizado. Era una fábrica de trabajo muy duro. En una época de casi pleno empleo –en parte por los tres millones de emigrantes españoles–, la gente no aguantaba y, como había mucha faena, cambiaban de empresa. Por eso era fácil entrar: un chollo para gente con inquietudes, con ganas de cambiar el mundo a base de luchar e influir en la clase obrera. Por Nalda pasaron decenas de los llamados «militantes», que se metían para hacer la revolución. Desde gente de grupos cristianos como Mari, que aguantó tres meses, a proletarizados universitarios o maestros como Pedro el de la HOAC, el matriculón de la ORT, gente de la Liga Comunista, del FRAP, del Partido del Trabajo, como Pepito, o gente como *El Piti* o como yo, procedentes de ambientes religiosos. Incluso gente administrativa, o con estudios, gente suelta que entraba para proletarizarse. También había otros que tenían contactos o conocían a alguien del PC, o de grupos cristianos, y con los que era fácil conectarse, como Carbonell, Ureña,… e incluso algunos que habían sido delegados sindicales honrados. Alguna gente de base, por instinto de rebeldía y de clase, se fueron organizando con nosotros: Juan el mecánico, Isabel y su marido, Manolo y Amparo, Isidoro, Antonio, el argentino,…

En 1974, cuando las elecciones sindicales se avecinaban, me decanté por la línea de CCOO, abandonando posturas anarcoides y puristas. Había que ensuciarse las manos y utilizar cauces legales como la CNS, el seudo–sindicato franquista, para tratar de llegar a las masas de obreros honrados. Se había creado la ESPO, una escuela de promoción obrera con cobertura legal de los jesuitas del Colegio de San José y, como Ramiro era el Coordinador, colaboré y di algunos temas. Convoqué a algunos para que asistiesen, sin riesgo, hasta que la suspendieron, por orden gubernativa. También empecé a tratar de organizar el sector, descubriendo las rivalidades, las instrumentalizaciones y los heroísmos del movimiento obrero organizado, mientras participaba en la Coordinadora Inter–ramas de CCOO.

En 1975, salí elegido enlace sindical y secretario del comité de empresa. Otros, como *El Piti* o Julio, prefirieron no presentarse, para que hubiese gente actuando en la base y de repuesto, en caso de represión. Algunos compañeros no veían muy claro lo de los cargos permanentes y la delegación de la representatividad directa, y no participaron en las elecciones. Eran más asamblearios.

Durante esa etapa, yo vivía mi militancia radical y obrerista como una acción cristiana liberadora, como algo pastoral, con el objetivo de demostrar a los ateos marxistas que el cristianismo podía ser tan liberador como sus ideas, y que podía impulsar la lucha tanto o más que el marxismo. Se trataba de hacerlo creíble, de abrirse paso desde la praxis, combatiendo el prejuicio de que toda religión es alienante.

En Nalda, nos juntamos un grupo fuerte y nos meneábamos mucho…

**¿Cómo se concretaba todo eso?**

Por ejemplo, cuando en la huelga del 12 noviembre de 1976, cuando la COS[[1]](#footnote-2) convocó un paro de 2 horas, nosotros, en la Cerámica, lo hicimos de 24 horas. Nuestra fábrica paró, teniendo que cerrar, y otras muchas empresas de cerámica y vidrio de Valencia, también pararon. Luego estuvimos tres meses en huelga…

Fue una experiencia inolvidable. A los primeros que nos despidieron fueron a los enlaces. Al día siguiente de darnos la carta de sanción, nos fuimos al sindicato vertical, que no quiso hacer nada y, encima, aquella gente se alegraba y hasta se atrevía a reñirnos. Pero al volver a la empresa, un poco desmoralizados, en el *trenet*, vimos a todos parados en la puerta. Les habían dicho, «o trabajáis, o la carta de despido.» Eran casi 200 los que habían cogido la carta de despido, en solidaridad, antes de dejarnos a los enlaces en la calle. Aunque más de 50, sobre todo de oficinas, encargados y esquiroles, siguieron trabajando. Aquel gesto de no dejarse avasallar y ser solidarios con los que necesitaban su apoyo, me dio mucha fuerza. La mayoría eran peones, gente mayor, gente con familia que arriesgaban mucho, pese a que no tenían unos amigos, la Compañía, unas relaciones, unos estudios o unas convicciones forjadas tras años de experiencias, análisis y evaluaciones, como las podía tener yo. Aquello me impactó mucho.

Luego vinieron los juicios. El primero fue el de los 150 despedidos, entre los que estaba *El Piti*. En aquella huelga convocada por la COS, hubo montones de despedidos –entre ellos Antonio Montalbán–, sobre todo en pequeñas empresas.

Los de Nalda estuvimos resistiendo tres meses, hasta que vino el juicio de los enlaces. Íbamos a los de Cointra, en Puzol, que allí estaba el que luego fue alcalde. Eran de UGT, pero montaban una asamblea, nos invitaban y recogíamos 30.000 pesetas. Otros, como los de Altos Hornos, decían, «no, aquí no vengáis, no hace falta», y te daban 200.000 pesetas. Luego había otras empresas que te daban dos duro, pero bueno… A otros que te conocían les decía, «que me vienes ahora hablando, so cabrón, que soy un poltronero, y tú el día ese ni paraste, o paraste un rato después de que viniera un piquete, y luego no nos das ni un duro para los que nos han despedido. ¡Y nos vienes aquí dando lecciones!» Esa huelga nos dio un conocimiento muy bueno de lo que realmente había en las empresas.

Analizado con perspectiva, justo es reconocer lo acertado de que había que hacer huelgas para demostrar que el capital era vulnerable, para hacer tomar conciencia a los obreros de que sí podían hacer algo para defender sus intereses, que sus luchas contribuían no sólo a conseguir mejores convenios y mejores condiciones de trabajo, sino que eran indispensables para eliminar el post–franquismo, representado entonces por el gobierno de Arias Navarro. Y que, a través de ellas, se aumentaba la capacidad de análisis, la conciencia y la organización de los propios trabajadores en sindicatos de clase, y las aspiraciones de libertad, de amnistía, de democracia y de socialismo.

Algunos tratábamos de demostrar, mediante acciones concretas, que los reformistas, los comunistas del PC, los del Pacto por la Libertad, estaban equivocados. Yo me solía reunir con gente de Bandera Roja, y tenía contactos con los de la ORT y del MC; aparte de con los omnipresentes del PC. (La oposición actual a la línea mayoritaria de CCOO, en temas clave como la huelga contra la guerra de Irak, dista mucho de ser como la que hacíamos los izquierdistas en los años setenta, cuando CCOO era todavía un movimiento).

**¿Qué pasó en el juicio?**

Que la empresa planteó, «vale, readmito a los 150, menos a usted [al *Piti*]. Hago un acuerdo como si fuera un despido improcedente, le doy algo simbólico como indemnización y pasa al paro. Pero usted no vuelve a su puesto de trabajo.» La gente ya estaba agotada, claro, tres meses… La solidaridad había estado muy bien, encierros en las iglesias, manifestaciones, piquetes, todo lo que inventábamos. Pero mantener aquello era muy complicado. Estaban los 50 que no habían parado, unos pocos que habían vuelto y que, al menos formalmente, estaban trabajando… Entonces la gente decía, «pues yo voy a volver a trabajar ya.» Y *El Piti* aceptó. Más vale matar a un justo que no que haya doscientos muertos.

Luego, al cabo de un mes, fue nuestro juicio, el de los enlaces, y la empresa ofreció readmitirnos a todos. «Joder, todo un éxito, en una huelga ilegal haber conseguido que no hubiera despidos. Un éxito impresionante.» Pero algunos delegados, que eran la gente más sana, con más conciencia de clase que yo, que soy un desclasado, dijeron, «nosotros no admitimos que hemos una cosa mal; nosotros a juicio.» La empresa nos ofreció, a cinco, tres meses de suspensión y luego volver a trabajar, y a otros cuatro, seis meses. Ya teníamos una sanción de tres meses, lo que había durado la huelga, y luego tres meses más y ya está. Con lo que recogíamos, y la gente entrando a trabajar, no había problema: podíamos ayudar a los que estaban peor. Pero dijeron que no. Y fuimos a juicio. Sentencia: todos despedidos. Fue un mazazo, tanto para nosotros, como para la gente que había vuelto al trabajo. Y ya no había condiciones para hacer más huelgas.

**¿Qué hiciste entonces?**

Me puse a trabajar en un tallercito pequeño, del metal –era muy fácil encontrar trabajo si tenías un oficio–. Entré en el año en el año 77 y, en cuanto se convocan las elecciones del año 78, me presento y salgo delegado (en el tallercito nadie quería saber nada y me eligieron). Entonces empezó mi carrera sindical…

**Donde asumiste importantes responsabilidades.**

Sí, no sólo como coordinador del movimiento obrero clandestino, ni como enlace sindical –que era una mera tapadera–, sino dentro del sindicato ya institucionalizado. Fue tras la Asamblea Constituyente de CCOO, en Barcelona, en el 76, a la que fui, a pesar mío, para evitar que fuera otro del PC, pues habíamos quedado en elegir a una chica de Manises, de la ORT. Pero apareció un montón de gente desconocida en la reunión en la que había que votar, y tuve que presentarme, pues la chica no hubiera sacado suficientes votos ante el PC, que hacía faenas de esas con frecuencia. CCOO se encontraba en la famosa polémica sobre la creación de un sindicato único o ser unitarios, seguir con CCOO como movimiento o pasar a ser un sindicato más. Dado que UGT estaba consolidando su sindicato, se optó por la constitución del nuestro, abandonando el ideal de sindicato único, desde las bases, tras un proceso asambleario.

Entonces pasé a ocupar responsabilidades sindicales, mientras trabajaba en el tallercito aquel, en Mislata. Mi primer cargo fue el de Secretario de Acción Sindical del Metal de la Unión Local de Mislata. A las asambleas sindicales, de los 12 de mi taller, iban 11. Luego fui designado para negociar el convenio, por la parte de CCOO, porque en aquella época se elegían también representantes del movimiento asambleario, que de hecho eran todos de CCOO también.

Después fui miembro del Secretariado del Metal de CCOO del PV, responsable de Formación, cuando Rafa Picaña era el Secretario General. También fui portavoz de candidaturas del I Congreso de CCOO del PV, celebrado en Castellón, no por mis méritos personales, ni de izquierdista, sino por haber salido elegido como portavoz del Metal. Una vez en la reunión de portavoces de federaciones y comarcas, dado el caos y el riesgo de que los de Sagunto no votaran la candidatura, ni los izquierdistas tampoco, Ximo Jordán, que era de la *mayoría* y hacía de «fontanero» de las candidaturas, me pidió que fuera yo el que diera la cara, para evitar más problemas. Y se votó sin ninguna dificultad. En esa primera Ejecutiva estaba Ramiro.

En aquel Congreso no se dejó que entraran en la Ejecutiva a los que las *minorías* proponían, como Cristina Piris, *El Gato* o la Carmen Martínez, pero se les ofreció uno más de los que hubieran seguramente sacado si se hubiera votado. El cinismo era que uno de la *minoría*, Román, ya tenía previsto que se iba a pasar al PC, y el otro, Manolo Cardós, del MC, era un hombre nada combativo en estas cosas internas.

**Además de «fontanero» en los congresos, ¿seguías trabajando?**

En 1979, estando en el tallercito, me dieron la amnistía laboral y volví a Nalda, que estaba en crisis. Ese día fue uno de los más emocionantes de mi vida. Después de que en el 77 salimos despedidos, humillados, como manipuladores y no sé que más, fuimos todos a la empresa, a trabajar. «¡Eh!, gracias a nosotros, que éramos los malos, gracias a las luchas, se ha conseguido que se cambien la leyes.» Y era una satisfacción, cuando el jefe pasaba por al lado… Había una ley que anulaba todos los despidos por las leyes franquistas.

Esa experiencia la viví como *experiencia de resurrección*: «ese Dios al que matasteis, ha resucitado; al que despedisteis y la ley y la magistratura condenó legalmente, está de nuevo entre vosotros; gracias a la lucha que hicisteis, aunque entonces nos despidieron, ahora se ha cambiado la ley, y ahora se nos reconoce con todos nuestros derechos, incluida la antigüedad, y se reconoce que los vencedores de entonces, fueron unos abusones, explotadores e indignos, aprovechados de las leyes fascistas.» Fue una experiencia muy reconfortante, porque quizás yo había instrumentalizado a la gente para hacer algo de lo que no sabían del todo sus consecuencias, y por la que luego habían tenido que sufrir tanto.

Pero pronto vino la crisis y, de 350 que éramos, se quedaron 70. Yo podía haberme puesto cabezón, «soy delegado sindical y tengo derecho a irme el último», pero era un cargo de conciencia ante la gente mayor, la gente con necesidades. No reclamé, me fui al paro, y ya está.

**Con tanto ajetreo, poco tiempo te quedaría para la oración.**

Aprovechando el expediente de crisis, me fui a Madrid para terminar los estudios de Teología que tenía pendientes.

A niveles cristianos seguía en Comunidades de Base, en un grupo muy activo, el de Orriols-Torrefiel, con experiencias fantásticas: gente compartiendo pisos, varios matrimonios con sus hijos viviendo juntos, en comunidad casi total. Incluso había un piso que aceptó compartir su casa con gente minusválida. Pero, debido a mi militancia sindical, nunca tuve dedicación para generar grupos, ni comunidades, ni asumir responsabilidades en ese movimiento, limitándome a participar como uno más.

Mientras tanto, estuve en la negociación de convenios, tanto de vidrio y cerámica como, desde la fusión con la construcción, en determinados sectores de ese ramo. Me especialicé en organización del trabajo, en cronometrajes, así como en expedientes de crisis, en una época de derrumbe total del tejido industrial tradicional.

**¿Cuándo pasaste a ser un profesional sindical?**

En 1983, también por casualidad. Ante el desastre en la organización de la negociación de los diferentes convenios, hacía falta en el sindicato unas tareas más burocráticas, controlar la situación de los diferentes sectores y ponerla al día, coordinar federaciones cara a hacer frente a expedientes… Y Montalbán pensó en mí y, pese al veto de su partido, me propuso para el Secretariado, para su equipo de confianza, quizás también para que siguiera teniendo presencia el sector cristiano en CCOO. No lo sé. Tal vez porque era ordenado en eso de los papeles, y un poco machaca.

Estuve de asesor en muchos convenios, como el de las peluquerías y tal, de los que no tenía ni idea. En esas tareas como Secretario de Acción Sindical, fui descubriendo desde dentro lo que eran las peleas internas del sindicato, me fui percatando de los grandes límites del genoma humano: no todo era lucha de clases. En la clase obrera había factores que desunían e impedían la lucha contra el capital. El mero análisis marxista, economicista, no valía para vencer al capitalismo, e incluso en los líderes obreros, entregados a la causa generosamente, se daba el afán de protagonismo, de intrumentalización, autoritarismo, violencia y agresividad (sufrí varias veces amenazas y empujones, insultos, actitudes de deprecio, como si fuera un enemigo, por gente que incluso había tenido como alumnos en las Escuelas de San José, hacía 13 años, cuando ellos eran unos adolescentes).

Fue cuando el conflicto de la EMT[[2]](#footnote-3). La Confederación no veía claro el prolongar la huelga, ya que era tremendamente impopular, porque el autobús lo coge la gente sencilla y obrera, que es quien se perjudica con estas huelgas. Pero era una lucha muy llamativa, basada en la fuerza de un sector decisivo: los conductores. Un sector del sindicato, la comarca de *L’Horta*, se oponía a la mayoría de la Confederación del País Valenciano. Eran de la escisión del PCPV, llamada «PC, punto», de sectores independentistas y de los llamados *carrillistas* (la Federación del Campo, liderada por Andreu; Navarro, líder del Transporte cuando el asesinato de los abogados de Atocha, enchufado por CCOO en la EMT, también *carrillista*, y de los duros). Todos estos grupos utilizaban la huelga para demostrar que nosotros éramos reformistas, pese a que la gente estaba sólo por temas corporativos, más salario, etc. Pero formaban piquetes de huelga, quemaron algún autobús para impedir que se trabajase y, en alguna de aquellas acciones, les detuvieron y les llevaron a comisaría.

Por consejo de Montalbán fui con el abogado Carlos Alfonso –que era *prosoviético*–, por si necesitaban ayuda. Uno de los detenidos me dijo, «si vienes a título personal muy bien –yo le había tenido de alumno y conocía mi izquierdismo–, pero si vienes como *montalbanista*, ¡lárgate!, no queremos saber nada de traidores y reformistas.» Y nos tuvimos que ir Carlos Alfonso y yo, sin intervenir para nada. Había un ambiente enrarecido y de mucha tensión. Hubo pintadas contra el Secretario General, en una asamblea incluso se pegaron entre ellos, teniendo que darle a uno siete puntos…

Así descubrí el movimiento obrero real, desde dentro, con sus cualidades, virtudes y defectos, como personas y como organización. Las peleas de ahora, comparadas con las de entonces, son agua bendita.

Mi planteamiento de potenciar y dar respuestas de clase con la base, pese a las críticas, tuvo ciertos resultados, sobre todo en luchas de ámbito superior a la empresa. Mi estilo de trabajo de potenciar el protagonismo de otros, hacer participar a la gente en grupos de trabajo, dar cauce al voluntariado militante, dándoles responsabilidades, creo que dio sus frutos, aunque no muy duraderos, creándose nuevas líneas de acción sindical. Por ejemplo, con la organización de los parados, en los sectores de economía sumergida, con cooperativistas… Hicimos acciones como tomar la Magistratura de Trabajo –pero mil personas, no diez–, acciones en diferentes Oficinas de Empleo –juntamente con la Asamblea de Parados y con otros sindicatos, de forma unitaria–, marchas de parados, etc.

Ahora bien, dado el clima de crispación, cuando acabé mi mandato no me volví a presentar. Pelearme con la patronal, bien, pero pelearme con gente que creo que es honrada…

**¿Qué hacía un cura en medio de toda esa vorágine?**

Mi objetivo pastoral consistía en demostrar que se pueden asumir responsabilidades públicas, incluso de liberado, sin corromperse ni aislarse de la base, dando un servicio eficaz, desinteresado. Pero en 1986, terminado mi compromiso de tres años, me fui a Nicaragua. Fue una manera de cortar, de no estorbar ni inmiscuirme en el trabajo de mi sucesor, que tendría otro estilo.

Quería conocer otras realidades. No todo tenía por qué ser sindicalismo, convenios, expedientes, cronometrajes, organización del trabajo, sanciones… Además, por mi pertenencia a CEDSALA[[3]](#footnote-4)2, iba descubriendo el mundo de la solidaridad con la causa sandinista, y por estar *El Piti* y otros compañeros de MO en aquel país, también se me hacia atractivo el ir. Era una gran ocasión para conocer la iglesia liberadora y de base de Nicaragua, colaborar y aprender a construir el proyecto sandinista, con participación de los cristianos, algo inédito en toda la historia revolucionaria.

Con miedo a lo desconocido, di el salto y pase la página del sindicalismo, pues ya había llegado al zenit. Y como jesuita de MO, ya había cumplido. Mi mística personal iba por la encarnación en la base, hacia abajo.

**Antes de proseguir. ¿De qué te arrepientes?**

De todas las veces que has instrumentalizado a la gente. Huelgas que uno las ve muy claras, pero que la gente las sufre y luego se quema, y hasta el cabo de unos años no vuelve a estar dispuesta para luchar. En ese aspecto, una cierta instrumentalización era necesaria porque, sí no, no nos hubiéramos cargado el franquismo; pero, a veces, hizo sufrir a muchos que fueron un poco forzados.

También, cuando uno está en un cargo, a veces es cómplice de muchas marrullería, y aunque tenía una cierta independencia de voto, ante algunas expulsiones, preparación de congresos para ganarlos, jodiendo a la oposición, poniéndole zancadillas, etc., aunque yo directamente no las haya hecho, si que me arrepiento de haber sido cómplice.

Hay que demostrar que se puede estar en los cargos, no por afán de poder o porque te corrompes. Entonces algunos te decían, «con tus actitudes, así no harás carrera sindical ni política nunca.» Pero en mi caso es al revés; para hacer carrera, me quedo con mi familia, con mi aristocracia, con mis latifundios y con mi no sé qué. Pero yo como estoy bien es con la gente normal, y no me cambio.

**¿Has estado en algún partido político?**

Con Bandera Roja iba a las reuniones y colaboraba, pero había una indefinición sobre si era militante o simpatizante… Igual que con la ORT; si me invitaban, pues yo iba, «una reunión para planificar la cuestión sindical de la cerámica, pues vente y tal, un grupo de estudio…» Pero una cosa formal y estricta, pues no.

Estuve primero en los movimientos cristianos juveniles, pero luego lo dejé para meterme en el sindicato. Además de pertenecer a Misión Obrera y estar en todo ese tinglado de monjas y curas, los CPS, cristianos por el socialismo, luego transformados en Comunidades de Base. Yo estaba en una comunidad en la que un grupo llevó a vivir a su piso a mongólicos, a esquizofrénicos, y tal. Algunos compartían el mismo piso entre varios matrimonios (luego, a lo mejor, eso degeneró en otra cosa). Había pisos que tenían comunidad de bienes, o sea, que querían vivir cristianamente ese espíritu de compartir y tal. Nunca quise asumir responsabilidades. Yo estaba en lo sindical. Pero si había alguna gente con crisis o con problemas, pues echaba una mano.

**Dejaste todo y te fuiste a hacer las Américas.**

Me fui a Nicaragua para conocer otra realidad que me atraía, ya que era la única revolución donde los cristianos participaban.

Había acabado mis estudios de sacerdote, tenía todos los requisitos, pero no me había ordenado y pensé que en Centroamérica, donde la gente es más religiosa y quieren más a los curas, me podía ordenar. Lo planteé y me dijeron que no, porque no había hecho labor pastoral, ni evangelizadora, ni todo eso. Entonces pedí ir adonde estaba *El Piti*, que era una parroquia de Ocotal, aunque él solía irse al monte y allí vivía meses como un campesino; cuando la *contra[[4]](#footnote-5)* amenazaba al campesino que lo acogía, él se iba a vivir a otro lado. Yo iba en esa línea, o sea, no tanto estar en la parroquia, sino estar conviviendo con la gente de las cooperativas, con los campesinos…

El impacto fue tremendo. La miseria, los muertos –había muertos todos los días–, la complicidad de los países ricos. Descubrí el mundo de la pobreza masiva, en un contexto de guerra, y la implicación del Norte, de España y de los españoles, incluidos los obreros y el sindicato, en la situación y abandono del Sur.

En Ocotal –país de ocotes, que es como llaman allí a los pinos–, donde recabé, veía las montañas peladas, desertizadas por la rapiña de madera, para confort del Norte. También armas españolas vendidas a la *contra*. En Nicaragua me quedé anonadado, me vi ridículo ante tanta gente sencilla que arriesgaba su vida, que daba su vida, que se daba entera, desde su absoluta sencillez desbordante. Veía a gente que estaban rezando el rosario y luego mandaban a sus hijos al frente a luchar por la Reforma Agraria. Eso me descolocaba y me llamaba a la conversión, a ponerme a su lado para ver si se me contagiaba algo. Pasé, de compadecer, a padecer el miedo, la guerra, los ataques, la sensación de que te pueden secuestrar, matar…, a saber que lo hacían con la complicidad de Occidente y de la Iglesia. Allí viví y descubrí junto a los miserables indígenas, lo que era la impunidad de la *contra* y de los EUA ante los foros internacionales, con la complicidad de España. Lo poco que habían servido 500 años de colonización. No tenían nada, sólo sus casitas, sus *champas* de palos de madera y techos de hojas y ramas. Descubrí que los que me tenían que escupir como cómplice de sus exterminadores, de los colonizadores que les quitaron sus mejores tierras, te acogían y compartían conmigo lo mejor que tenían: me dejaban su cama y les quitaban los huevos de la boca, a sus hijos, para dármelos. Descubrí que aquellos campesinos me podían contagiar algo de su humanidad, que a su lado podía cambiar, que el dios cristiano me perdonaba y me llama para que me sumase a su causa.

Aquellas gentes sencillas y simples de Santa Rosa, de Apamiguel, de Ococona y de Mozonte,tocaron mi corazón de piedra, desde su sufrimiento secular.

**Te impresionaron los campesinos pobres.**

Gente concreta, con nombres y apellidos. Aquella chiquita que con 16 años ya tiene dos niños, y que sin embargo milita y paga a la asociación del barrio y participa. La señora a la que la han matado tres hijos y en el cementerio dice, «pues no señor, aquí hasta el último hijo hay que darlo por la Revolución.» El abuelito que no tiene para comer y te dice, «mire padrecito, estos huevecitos son para usted«, y no se los puedes negar porque se sienten ofendidos.

Yo estaba en la zona de Miraflor, una zona de guerra donde atacaban, masacraban, donde cada pocos días había algún muerto. Me llegaba hasta allí porque iba por la Universidad, por la Escuela de Agricultura de Estelí, y también por ser religioso. Había mucho asistencialismo, repartir ropa, repartir no sé qué, vacunar, pero aquello no era neutral, era apoyar al sandinismo. Apoyar a las cooperativas comprando un tractor era, más que asistencialismo, política pura, porque alguien lo instrumentalizaba o alguien lo capitalizaba.

Nicaragua me marcó mucho. Las cosas mejoraban, pero después volvían a atacar y volvía a desbaratarse todo. Y eso era duro y creaba impotencia. Una vez nos estaban atacando en un asentamiento de indígenas y secuestraron a unos cuantos. Empezaron los tiros y la gente se metió en una casa, y allí estaban rezando el rosario. Y la defensa eran veinte tíos armados con unos Akas[[5]](#footnote-6) del tiempo de la picor. «Bueno, aquí nos matan a todos y nadie se entera.» Pasar ese miedo junto a la gente sencilla, esa impotencia compartida, era una nueva dimensión. No haces nada, pero estás con la gente.

Esa fue la experiencia de Nicaragua, porque allí no me metí para nada en cosas políticas, sólo estar con la gente, con los cooperativistas. Por cierto, el sindicalismo era muy especial, debido a la guerra: domingos roji–negros para trabajar por la revolución sin cobrar; vigilancias nocturnas y no protestar por nada y, cuando se fumigaba, no pedir gafas, ni mascarillas, ni nada, porque «si no hay para los combatientes, para los que están en el frente, ¿cómo vamos a pedir nosotros?»

Allí trabajaba en el campo plantando tomates o patatas, y luego, por las tardes, a veces, catequesis y tal.

**¿En la parroquia de Ocotal?**

Allí estuve un año, lo que pasa es que el obispo nos echó, a los jesuitas, por revoltosos. Entonces me fui a la Escuela de Agricultura de Estelí y estuve otro año dando clase, Administración de Empresas Agropecuarias; aunque igual estaba en el aula que haciendo piezas en el torno, un poco de todo. Por cierto, que el obispo que nos echó, poco después se fue a Méjico, se salió y se casó.

Conocí a gente sencilla, religiosa, tradicional al estilo carca, de rezos y rezos, pero con una humanidad nueva, dispuesta a dar la vida para que la gente tenga dignidad, alfabetización, salud, para que pueda aprender a leer, dispuesta a luchar por una reforma agraria que les haga poseedores de un trozo de tierra. Pero para Occidente todo eso era pedir demasiado y lo aplastó, con la alianza de la iglesia católica. Descubrí que no sólo el obrero manual, de gran empresa, era el sujeto transformador, necesario acabar con la explotación y la marginación, sino que también lo era el campesino concienciado. La mayoría de los pobres del tercer mundo, así como los desempleados del primero, mientras no cambie el sistema lo que quieren es encontrar a alguien que les explote, para poder al menos comer. Por eso la clase obrera debe comprender e implicarse en los problemas de los sectores más empobrecidos, como son las mayorías olvidadas del Sur.

Esa es otra de las místicas de mi vida, «a ver si al lado de esas gentes, me contagian algo, porque si tengo que ser yo, no voy a ninguna parte.» Y entonces, he tratado de conservar esos valores.

**Luego estuviste en Méjico.**

Sí, en 1989. Méjico supuso para mí el descubrimiento de los movimientos indígenas y del *charrismo* –un sindicalismo al etilo de la CNS de la España de la Dictudura–, junto a impresionantes movimientos de masas, como las huelgas de los maestros, con manifestaciones de más de 200.000 personas… Estuve con un grupo indígena que lo habían masacrado, los indios otomíes,a los que los caciques les quitaban las tierras comunales, las tierras de los ejidos, o les presionaban para que se las vendiesen, y si se negaban, los colgaban de un árbol. Así habían matado ya a una docena de indígenas. Al final se consiguió que unas mujeres los denunciaran y que metieran en la cárcel a un par de caciques.

En Méjico me encontré también con una Compañía de Jesús con claras opciones sociales, pluralista, con una incipiente Misión Obrera. México me supuso recapitular y redimensionar mi vida, afianzarme y agradecer a la Compañía, que me había ido poniendo en el camino de los pobres, y a la que debía mi desclasamiento aristocrático y burgués. El Dios de Jesús me seguía saliendo al encuentro y, como a los discípulos de Emaús, se me aparecía entre los empobrecidos, los vulgares, los más desfavorecidos, para demostrarme en la praxis, que la causa igualitaria de Jesús seguía adelante y merecía la pena.

**¿Fue entonces cuando te ordenaste?**

Sí, tres días después del asesinato de los jesuitas de El Salvador, confirmado mi opción de seguir en el trabajo manual, como lugar de referencia del Dios de los sencillos, de los pobres, de los sufrientes.

**¿Por qué te volviste a España?**

Mi ida a Nicaragua, era tan sólo para conocer y descubrir que el mundo no es todo sindicalismo, y para acompañar y aprender del Sur. Fui para un año y permanecí tres, pero mi puesto estaba en el Norte, en concreto, en el País Valenciano. Y volví al trabajo manual y al movimiento obrero, que era lo mío y los míos.

Tuve mucha suerte, porque enseguida encontré trabajo. De 1989 a 1994, estuve en diversas empresas y, al mismo tiempo, también en diversas ONGDs, como ACSUD–Las Segovias y *Pau i Salidaritat*, impulsando y coordinando movimientos de solidaridad con el tercer mundo.

Pero tu inquietud te llevó a África.

Entre 1994 y 1996 estuve en Burundi, con el Servicio Jesuita de Refugiados. Pedían gente y, como en ese momento estaba en paro, ante tanto dolor por las masacres vistas en el genocidio de Ruanda, me ofrecí para ir a Burundi y me aceptaron.

En Burundi descubrí el África sufriente, miserable, olvidada, envuelta en guerras genocidas; descubrí hasta donde puede llegar la maldad, hasta donde es capaz de llegar alguna gente por mantenerse en poder, por mantener la riqueza y los privilegios, y como lo hacían de un modo rudo, menos sofisticado que en Europa.

En África descubrí el sufrimiento extremo, masivo, de los campos de refugiados. También la insensibilidad del Norte, no dispuesto a renunciar al tipo de consumismo privilegiado, a costa de lo que sea. De ese modo, la cascada del bienestar no llegara nunca a Africa, ni a sus refugiados. Allí, mucha gente lo daba todo por sus semejantes, con un alto riesgo para sus vidas. Los arzobispos de Bukavu o de Murore acogían a cuantos podían. Muchos curas, religiosas y religiosos, junto con sus catequistas nativos, se entregaban totalmente. Algunos tenían setenta y cinco años y, cuando me vine, ellos siguieron, y siguen todavía allí.

Burundi era el caos total. Ante las masacres, me encontré con una inmensa impotencia, con que lo único que puedes a veces hacer es compartir la impotencia. Vivíamos en unas casas coloniales, con jardín y, en uno de los ataques, en medio de los disparos, me metí debajo de unos arbustillos y pasé toda la noche acojonado. Así es como vivían los catequistas que llevaban conmigo los proyectos de cooperación. Dormían todos en el campo, porque temían los ataques tanto de un bando, como del otro.

**Explica un poco la situación.**

En el año 1962, cuando la independencia de Bélgica, hubo un gobierno de unidad, pero luego una fracción del ejército se hizo con el poder y, para gobernar, puso en los cargos a gente de su confianza, que eran los de su pueblo, los de su raza, etc. Los tutsis, antiguos ganaderos y guerreros, estaban en el gobierno y los hutus, agricultores, los más desfavorecidos.

En las elecciones de 1993, el Frente para la Democracia en Burundi –compuesto en su mayoría por hutus– ganó las elecciones y su líder, Melchior Ndadaye, accedió a la presidencia del país. Los hutus tenían el gobierno, pero todo el poder estaba en manos tutsis: el económico, el ejército y muchos funcionarios. Sólo tres meses después, Ndadaye fue asesinado junto al presidente ruandés, Habyarimana, al ser derribado el helicóptero que les desplazaba a Kigali, por orden de Paul Kagame –actual presidente ruandés–, provocando las masacres del 94 en uno y otro país. Fue un intento de golpe de Estado, que dio lugar a una de lasmatanzas más crueles de la historia. Así comenzó una guerra civil que duró más de ocho años. En este período se sucedieron nuevas presidencias –tutsis o hutus–, asesinatos y golpes de Estado, que causaron todavía más inestabilidad, represión y violencia entre las milicias partidarias del poder hutu, y el ejército controlado por los tutsi.

En ese contexto es donde se producen las masacres de Ruanda y las oleadas de refugiados. Primero llegaron los tutsis, porque los mataban los otros y, cuando el partido de los tutsis ganó –y digo partido porque su presidente era un hutu y muchos de los jesuitas que mataron allí, eran también hutus–, ocurrió lo contrario. Por eso digo que el problema no sólo era étnico, sino sobre todo político, porque lo que querían era, fundamentalmente, mantenerse en el poder y gobernar.

Entonces llegaron las olas de refugiados hutus, muchos de los cuales habían participado en las matanzas de Ruanda. En la parroquia donde llamaron al Servicio Jesuita de Refugiados para apoyar, había unos curas –los padres blancos–, que atendían desde hacía años a miles y miles de desplazados por la guerra en Burundi, y encima, les llegaron los miles de refugiados ruandeses. Esos curas eran unos auténticos pastoralistas, que en plena guerra se dedicaban a las comuniones, bautizos, matrimonios, catequesis, preparación de seminaristas… La asistencia humanitaria no era su especialidad; por eso llamaron a los jesuitas para atender esa cuestión.

En los campos de alrededor de la parroquia había 7.000 refugiados. Los curas teníamos nuestra casa, con un techo como aquí y con nuestra nevera, placas solares, duchas y tal. Y, al otro lado de la puerta, en el campo, debajo de un plástico, debajo de los árboles, 7.000 refugiados, más otros 2.000 que estaban en los almacenes y escuelas de la parroquia, bajo techo. A 4 Km. había otro grupo de otros 8.000, más allá otros, más los campos de refugiados montados por ACNUR , con 30.000 y 40.000. Pero como no había ayudas internacionales, no les llegaba nada. En un perímetro de pocos kilómerros 15.000 refugiados, entre los que había 300 niños huérfanos o abandonados por sus padres al huir.

Una monja y yo, nos dedicábamos a ver si había gente que acogiera a aquellos niños: averiguábamos de dónde eran, cuál era su familia, les dábamos lo que proporcionaba UNICEF para estos casos, una manta, un no sé qué, y los acogían. Al cabo de seis meses, conseguimos que no quedara ni un niño, porque a todos los habíamos colocado en casas de acogida o con sus familiares. Si por ejemplo, habían muerto sus padres, había un abuelo, había un tío… Porque la gente, en medio de todo aquel desastre y precariedad, mantenía el sentido de familia amplia.

Cuando entraban en un poblado y lo quemaban, íbamos a los consulados de Bélgica y Francia y nos decían, «tenemos en Bujumbura –la capital–, todo lo que queráis; ahora bien, nosotros allí no vamos, porque es muy peligroso. Si vais con camiones, llevaos todo lo que queráis.» «Pues vamos a por cinco camiones de arroz.» Teníamos un programa que era Trabajo por Alimentos y, con la ayuda de los catequistas –que eran muy religiosos, iban a misa por la mañana y se mataban con el machete por la tarde–, íbamos a un pueblo quemado a reconstruir con cuatro palos y cuatro techos.

**¿Mataban incluso dentro de las iglesias?**

Sí. Dos días antes de que yo llegara, durante unas confirmaciones, habían entrado en la iglesia y habían matado a treinta. Al obispo, le habían lanzado granadas cuatro veces y ametrallado el coche. Y curas de la diócesis, habían liquidado a seis o siete.

Después del tercer ataque contra nuestra parroquia, los curas blancos se fueron, porque sus superiores se lo ordenaron. Los jesuitas ya nos habíamos ido. Lo que pasa es que yo fui allí porque habían avisado; porque avisaban, «tal día vamos a atacar», y me pareció que había que ir para apoyarles moralmente. Pero ese día, como llovió, no atacaron; yo me tuve que ir a otro sitio, y atacaron al día siguiente. Lógicamente, nos dijeron, «¡váyanse!, porque tres ataque son muchos.» Allí se quedó sólo un cura tutsi porque, mientras para nosotros los enemigos eran los militares, los que nos atacaban, para él los militares eran su gente de confianza, conocidos o amigos de su familia.

**Continuemos con tu trabajo asistencial.**

Había un programa de vacunaciones para el que contábamos con la ayuda de los catequistas. Les dábamos un curso de salud y, para que veas el nivel que había, en la primera sesión, en la que empecé a explicarles cosas básicas, como el termómetro, pues de los treinta catequistas, sólo había tres que supieran como se medía la temperatura. A veces venían desde 30 Km., se quedaban el fin de semana a dormir y les dábamos una camiseta o lo que fuera como compensación, y luego eran ellos los que organizaban las campañas de vacunación, de asesoramiento…

Los centros de salud eran lo que más quemaban o destruían. «Si lo que quiero es exterminar a la gente, pues que no se curen si caen enfermos.» Eran un objetivo prioritario. También quemaban las iglesias; de las veintidós parroquias de la zona, habían destruido quince, derribando las piedras –porque los curas construían casitas de piedra, porque tienen ánimo de permanencia, más estables–, después de robar el techo de uralita. En una de ellas, mientras celebraban misa, tiraron tres granadas y mataron a un montón. Entonces yo me dedicaba a coger a los niños que quedaban vivos y, aunque no sabía nada de medicina, con una venda o lo que sea, les tapaba y tal. El padre blanco se dedicaba a darles la extremaunción y yo a que no se desangraran del todo. Cada uno tenía su manera de ver la vida y nos dividíamos la faena.

Había campos de desplazados burundeses y de refugiados ruandeses, y todas las semanas había muertos. Eran hutus y los de ejército que los vigilaba, tutsis. Si te encuentras con un fanático de derechas, o de izquierdas, pues puedes negociar; lo malo es si uno está borracho, con ese no se puede negociar. Cuando llegábamos con sacos de arroz, a los refugiados de los campos no les daban ni leña para que lo pudieran calentar; se lo tenían que comer casi frío y sin cocer. Los militares nos decían, «si quiere que pase el camión, nos deja aquí diez sacos.» Si llevábamos trescientos sacos y teníamos que dejar diez, pues más valía eso y que la gente no se muriera de hambre.

Había un belga, que vino una vez conmigo, «pues no señor, yo no puedo ser cómplice de estos tíos genocidas, que luego son los que entran en el campo….» Era gente que trabajaba con la Cruz Roja o con otras organizaciones, y como cobraban un poco, los militares llegaban a sus casas y le decían, «usted está trabajando y a usted le pagan. Deme mil francos.» «No, que no tengo dinero.» Y les cortaban el cuello o les cortaban un brazo. Entonces el belga, claro, decía, «cómo voy a ser cómplice de esta gente.» «Tú, si no quieres ser cómplice de los genocidas, pues te vuelves a Bélgica y vives muy puro, ya que no has consentido. Pero como yo soy un cabrón, prefiero ser cómplice y al menos que esta gente no se muera de hambre.» También les daba balones a los militares en las barreras y controles. Bueno, mientras estén jugando al fútbol, no están matando a nadie.

En medio de ese caos, uno hace lo que puede, aunque muchas veces parezca inútil.

**Dos años en el infierno…**

1. COS: Coordinadora Obrera Sindical. [↑](#footnote-ref-2)
2. EMT: Empresa Municipal de Transportes. [↑](#footnote-ref-3)
3. 2 CEDSALA: Centro de Documentación y Solidaridad con América Latina y África. [↑](#footnote-ref-4)
4. Contra: abreviatura de contrarevolucionarios; guerrilleros financiados por la CIA, opuestos a los sandinistas. [↑](#footnote-ref-5)
5. Aka: fusil de asalto; abreviatura de su inventor, Alexander Kaláshnikov. [↑](#footnote-ref-6)